

Comprenderla para enfrentarla



1. Carácter de la crisis

Hace poco tiempo, en los primeros compases se negaba la crisis, hoy, cuando las consecuencias se dejan sentir en la cascada de despidos y cierres, hay muchas versiones sobre ante qué estamos: hay quien afirma que la crisis se la inventan los capitalistas como un medio para imponer retrocesos a los trabajadores... pero también muchos capitalistas se arruinan en estas crisis y no jugarían a un deporte tan arriesgado. Otros hablan de muchas crisis que confluyen: financiera, inmobiliaria, energética, ...pero la caída del precio del crudo en picado sin modificar para nada el curso de la crisis, así como la coincidencia entre la caída de las bolsas con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, y el carácter errático de los intercambios de monedas, nos llevan a pensar a que hay algo más profundo que condiciona el estallido de esas "crisis". En algunos sectores se dice que la crisis es financiera, por la especulación sin freno de estos últimos años, y que la clave es eliminar este aspecto perverso del funcionamiento capitalista como con la Tasa Tobin, ...pero resulta que se hace imposible aislar el movimiento especulativo del movimiento general del sistema financiero, pues el capital financiero impregna todos y cada uno de los sectores productivos y los hace depender de ese capital. Hay quienes afirman que se está pagando un exceso de consumo de los trabajadores, y más en general de la sociedad, y que hay que reducirlo para seguir... pero ante las estadísticas del crecimiento sostenido de la pobreza mundial –y también dentro de los estados capitalistas- difícilmente se puede atribuir la crisis a los excesos de un sector más acomodado de la clase obrera, pues la miseria mundial es desproporcionadamente superior al supuesto exceso, además de que la crisis no llega por la escasez de recursos que le quedan a esos sectores; por otra parte, si el problema fuera "reducir un consumo excesivo", ¿no se deberían aceptar sin protestar las reducciones de producción y el cierre de fábricas?; nosotros pensamos que estamos lejos de resolver las ingentes necesidades de los trabajadores y trabajadoras del planeta y que no hay que reducir la producción de manera generalizada –sin excluir alguna reconversión en casos concretos.

Comprender el carácter de la crisis en curso y los mecanismos del capitalismo para responder a las diferentes situaciones es esencial para definir y poder organizar una respuesta.

Marx y las crisis de sobreproducción.

Cada cierto tiempo, un sector productivo, o el conjunto de la economía capitalista, caen inevitablemente en una crisis que Marx denominaba de sobreproducción. A diferencia de cualquier otra época histórica en la que el factor de crisis era la escasez y ésta la que provocaba el hambre, en el capitalismo la crisis llega cuando hay de todo, las mercancías son abundantes y, aunque existan las necesidades para consumirlas, los capitalistas se niegan a distribuir las si no es a un precio inalcanzable para la mayoría. La producción es un fenómeno social que incorpora a millones de productores asalariados, el consumo también lo es, pero en medio está la propiedad privada de las mercancías y el hecho de que esa propiedad permita al capitalista decidir qué condiciones pone para que las necesidades se puedan satisfacer con la producción: es decir a qué precio vende y a qué otro no.

Escribe Marx: *"... la historia de la industria y el comercio no es más que la historia de la revuelta de las fuerzas productivas contra las relaciones de propiedad, que son las condiciones de existencia de la sociedad burguesa. Cada crisis destruye regularmente no sólo una masa de productos ya creados, sino también una gran parte de fuerzas productivas. Una epidemia, que en cualquier otra época hubiera parecido una paradoja, se abate sobre la sociedad —la epidemia de la sobreproducción".*

En cualquier otra situación histórica, ante un "exceso" de producción la solución sería bien lógica: repartir esa producción entre quien tiene necesidades y continuar; pero esta es la lógica opuesta a la del capitalismo. La realización de los beneficios aunque se generan en el proceso productivo —extrayendo la plusvalía del obrero— se concreta en la venta, es decir al intercambiar la mercancía a un precio determinado. La defensa de los precios es vital para mantener la tasa de beneficio: el capitalista está dispuesto a destruir producción o a permitir que se pudra antes que dejar actuar las "leyes del mercado" y permitir que los precios bajen hasta que se equilibren con el poder real de compra que queda. La contradicción entre la propiedad privada y el carácter

social de la producción y el consumo se hace evidente.

El capitalismo no puede escapar a las crisis de sobreproducción, sean estas parciales o generales. No es por la perversidad de los patronos, sino por la lógica del sistema. El motor de la economía capitalista es la tasa de beneficio, lo que los capitalistas llaman la rentabilidad del capital. Si esta está alta el ciclo capitalista se desarrolla con energía; cuando esta empieza a decaer, es señal de que el mercado empieza a estar saturado y se acerca la crisis. El capitalismo mantiene tanto una tendencia creciente al aumento de la productividad y de la producción, como a mantener la tasa de beneficio y la competitividad con los otros capitalistas. Cuando el mercado empieza a dar señales de no tener capacidad para seguir absorbiendo ilimitadamente la producción, la respuesta del capitalista individual es hacer retroceder la capacidad de compra del trabajador/a a base de recortes salariales, un aumento de los ritmos de trabajo y la productividad, para poder competir con otros capitalistas del sector arañándoles una cuota del mercado. Pero la realidad es que cuando cada capitalista individualmente, y los gobiernos a su servicio, se lanzan a la brutal agresión contra las condiciones de trabajo del obrero (reformas laborales, escalas salariales, ETT's...), lo que provocan es un debilitamiento de la capacidad de compra del conjunto de los trabajadores, lo que acelera aún más el desfase entre producción y capacidad de compra. Entonces la crisis de sobreproducción se hace inevitable.

La lógica del empresario concreto choca con las necesidades globales del sistema mismo. Contradictoriamente, cuando un patrón debe ceder a sus obreros un aumento de sueldo, aunque pierda beneficios o puede perder competitividad, realmente se alivia la crisis global.



elroto@inicia.es

De las crisis de sobreproducción en el periodo de desarrollo del capitalismo...

Las crisis del capitalismo no siempre tienen las mismas consecuencias. Marx analizó las crisis del s. XIX como un sistema brutal de regulación de un sistema no planificado. Cuando en una rama de la producción se producía una crisis de sobreproducción, una parte de la producción y las fábricas se destruía, pero a la vez empujaba a los capitales sobrantes a buscar nuevos mercados en el exterior. Esta forma de autorregulación fue desarrollando nuevos sectores y completó el carácter mundial del sistema capitalista, empujándolo a guerras de conquista coloniales. Marx describe cómo sale la burguesía de estas crisis: *"De una parte, la destrucción forzada de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más perfecta de los antiguos. Es decir que prepara crisis más generales y más formidables y disminuye los medios para prevenirlas."*

Algún día esas posibilidades de expansión, de incorporar nuevos mercados o nuevos sectores iban a acabarse y determinar ese momento es muy importante, pues un sistema económico no deja su lugar en la historia antes de haber agotado su capacidad de desarrollar las fuerzas productivas. Así pues

mientras esa expansión de fuerzas productivas del sistema continuase la lucha por la revolución socialista no iba a estar a la orden del día. Marx y Engels creyeron que ese momento llegaba con los procesos revolucionarios de 1848. El mismo Engels escribía en 1895: *“La historia nos ha quitado la razón, corregido a nosotros y a todos los que pensábamos de esta forma. Ha demostrado claramente que el estado de desarrollo económico sobre el continente estaba aun lejos de estar maduro para la supresión de la producción capitalista: lo ha probado, por la revolución económica que después del 1948 ha ganado todo el continente y que no ha aclimatado realmente mas que en ese momento la gran industria en Francia, en Austria, en Hungría, en Polonia y últimamente en Rusia, y hace verdaderamente de Alemania un país industrial de primer orden –todo ello sobre una base capitalista, es decir aun muy capaz de extensión en 1948.”*

Reconocer esa realidad no llevaba a los revolucionarios marxistas a esperar a que llegara la hora, sino a aumentar su conciencia de clase y la organización de la clase obrera internacional, a potenciar la lucha para conseguir mejoras sustanciales para la clase obrera en ese ciclo de crecimiento capitalista que aun no estaba agotado: se impulsaron grandes partidos y sindicatos, se luchó por la reducción de jornada, por derechos y libertades. Toda esa organización debía permitir –llegado el momento- la lucha por la revolución socialista internacional.

..... a las crisis de le época Imperialista.

A finales del s. XIX las expediciones militares coloniales llegan a controlar prácticamente todo el planeta, y con ellas llega la producción capitalista a todos los rincones del mundo: el capitalismo llega a ser el primer sistema económico verdaderamente mundial. Se impone una división mundial del trabajo, obviamente al servicio de los imperialismos dominantes. La única forma de conseguir nuevos mercados para la expansión era chocando con otros imperios: las guerras mundiales se hicieron inevitables. La lucha para ganar competitividad lleva a procesos de concentración muy importantes, a

monopolios, trusts... que buscan eliminar toda competencia para imponer precios más elevados, escapando a la presión de la oferta y la demanda. Se abre la tercera fase –y definitiva- del desarrollo capitalista: atrás quedó la época inicial de predominio del capitalismo comercial y la del capital industrial, llegó el predominio del capital financiero, un capital que parasita sobre el conjunto de la economía extrayendo la plusvalía que generan los sectores productivos, pues el capital financiero no crea riqueza directamente. Los bancos determinan la vida de empresas, estados y familias. Esta época, que Lenin definió en su libro *el Imperialismo fase superior del capitalismo*, es la tercera y reaccionaria época de guerras y revoluciones. Las siguientes crisis ya no tendrían el efecto regulador descrito por Marx, sino un efecto directamente destructivo en términos absolutos.

A principios del s. XX la potente economía alemana, que llegó tarde al reparto del mundo, ya no cabía dentro de los estrechos límites nacionales y se ahogaba en una crisis de sobreproducción. La lucha por los mercados exteriores con otras multinacionales y otros imperialismos pasó de lucha comercial a lucha armada. Estalló la I Guerra Mundial. De esta forma, las crisis del imperialismo, como estadio superior del capitalismo, tienen una virulencia que no tenían las crisis del periodo de crecimiento y contiene destrucción en términos absolutos. En forma brutal la disyuntiva de Marx *socialismo o barbarie* se empezaba a imponer

crudamente sobre la realidad. En Rusia con la revolución del 17 nació el primer estado obrero; el capitalismo, por su parte, se vuelve a levantar sobre los escombros y los más de diez millones de muertos de la I Guerra –pero ese nuevo ciclo apenas durara una década, para volver a caer de nuevo en otra crisis. A fines del 29 la crisis de sobreproducción impulsa el Crack financiero y los terribles años treinta con la Gran Depresión no son sino el preámbulo de la II Guerra Mundial. El capitalismo mundial precisa de nuevo destruir y decidir en el enfrentamiento armado un nuevo reparto del mundo entre los imperialismos para el futuro ciclo.

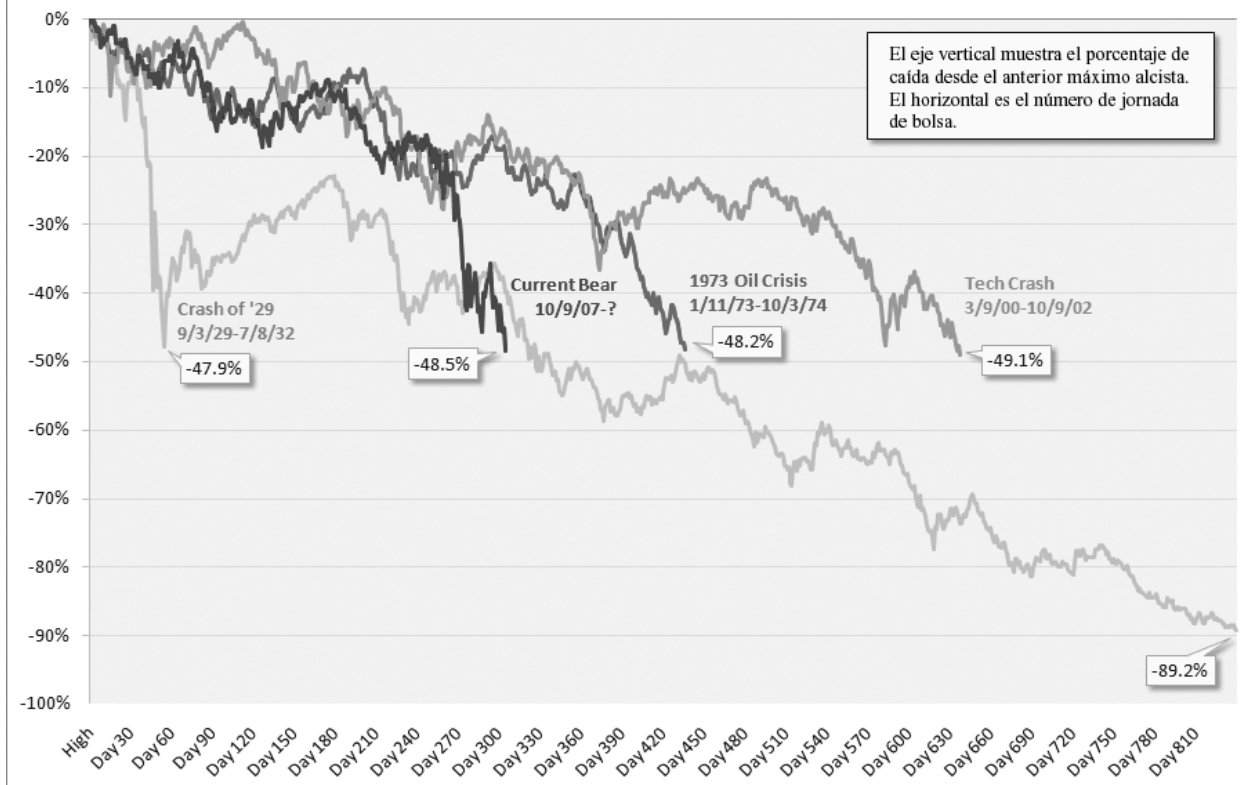
Es Alemania, ahogada de nuevo entre el poderoso potencial industrial y la falta de mercados y colonias, la potencia que inicia el conflicto para el que todos los imperialismos se han preparado, desviando parte de la producción a la industria de guerra. La segunda guerra imperialista es la más mortífera que se conoce en la historia: más de 60 millones de muertos y Europa, Japón y muchas otras partes del mundo en ruinas. Sobre esa base de destrucción se puede empezar un nuevo ciclo de acumulación capitalista. Pero además hay un factor contradictorio que permite explicar porqué ese ciclo va a ser más largo: la clase obrera toma en sus manos la resistencia armada a la ocupación nazi en numerosos estados europeos y aparece, en la derrota del fascismo, como el principal poder para reconstruir el estado. La revolución esta a la orden del día en toda la Europa cen-



Cuatro malos mercados bajistas

1929-1932, 1973-1974, 2000-2002 and 2007-2008

Updated
11/19/2008



tral, pero los PC's, que tienen un peso importante en las organizaciones de resistencia, acatan las ordenes de Stalin –los acuerdos de Yalta y Postdam- para ayudar en la reconstrucción de los estados burgueses. Sin embargo, esos estados capitalistas deben ceder reivindicaciones obreras muy importantes, que constituirán el llamado “estado del bienestar”. La combinación de estos tres factores permitirá un largo ciclo de crecimiento hasta llegar a una nueva crisis de sobreproducción global a fines de los años 60.

Los acuerdos de Bretton-Woods y el fin de la estabilidad.

Entre el 1 y el 22 de julio de 1944 se celebró la *Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas*, realizada en el complejo hotelero de Bretton Woods, (New Hampshire), donde se establecieron las reglas para las relaciones comerciales y financieras entre los países más industrializados del mundo. La propuesta inglesa, presentada por Keynes, fue derrotada, y los EE.UU. –que controlaban el 80% del oro mundial y gran parte de la producción de carbón y petróleo- impusieron su dictado. Se establecieron las

normas para el comercio y las finanzas mundiales con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, ambos con sede en los EE.UU., para garantizarlas. La clave de la estabilidad del nuevo sistema financiero internacional estaba en la relación 35 dólares / onza de oro que debía garantizar la reserva Federal a cambio de que el dólar pasase a ser la moneda de intercambio mundial.

A fines de los 60 la tasa de beneficio del capital dejó de crecer y comenzó una nueva crisis de sobreproducción. La prensa oficial habló del problema del petróleo (como ha hecho recientemente, cuando el barril superó los 100 dólares), pero se trataba de una crisis global de sobreproducción. Con la Guerra de Vietnam en marcha y las dificultades de financiación, el Gobierno norteamericano recurrió a la emisión de moneda para financiar sus necesidades por encima del compromiso de emitir con la obligación de aumentar en la misma proporción las reservas de oro. Por ello, primero puso límites a la convertibilidad del oro en dólares, hasta que, el 15 de Agosto de 1971, el presidente de EE.UU., Richard Nixon, suspendió unilateralmente la convertibilidad del dólar en oro y devaluó el dólar un

10%. Con esta decisión de trascendencia histórica el sistema financiero mundial se desprendió del mecanismo de fijación de la emisión de moneda al crecimiento real de la economía. A partir de ahí, EE.UU. empieza a cubrir sus necesidades con la emisión de nuevos dólares sin el correspondiente incremento de las reservas de oro, con lo que reparte a través de las reservas mundiales de dólares la inflación interna. El resto de monedas que se habían comprometido a un cambio fijo con el dólar empezaron a “flotar”. A menudo, otros imperialismos exigían que el dólar perdiese el privilegio de ser la moneda de intercambio internacional, pero la fuerza del dólar no solo está en la economía norteamericana, sino en los marines; y en el terreno militar ningún imperialismo está en condiciones hoy de hacerle sombra y disputarle la supremacía al estadounidense. El recurso al crédito permitió aplazar la crisis, pero en la década de los 70 el capitalismo mundial estaba contra las cuerdas (derrota de Vietnam...), la sombra de un nuevo crack planeó de nuevo.

Desde esa fecha hasta hoy los activos financieros y el papel moneda han mantenido un crecimiento relativamente independiente y la

especulación ha campado a sus anchas. Para ver el tamaño de la burbuja sobre la que se asienta el sistema capitalista mundial baste ver que este mes de diciembre del 2008, el precio medio de la onza de oro estaba en 850 dólares. Hay montañas de activos financieros de todo tipo (acciones, bonos, papel moneda...) que en realidad no tienen detrás el valor en economía real. Con la decisión de suspender la convertibilidad y lanzar una política crediticia, EE.UU. aplazo la caída y el crack, pero no por ello resolvió la crisis de sobreproducción: ganó un tiempo para retomar la ofensiva. Llegados a este punto la política toma el mando de la situación.

Mecanismos de salida de la crisis.

El capitalismo cae solo en la crisis, pero se levanta de ella sobre la espalda de los trabajadores y los pueblos. **La receta para salir de estas crisis no es otra que: destrucción brutal de fuerzas productivas y aumento neto de la plusvalía.** Esta ha servido para crisis parciales o globales. En las dos primeras crisis globales de sobreproducción la salida fue directamente la guerra y la destrucción (I y II Gue-

rras mundiales), pero en la crisis de los 70 la salida fue otra.

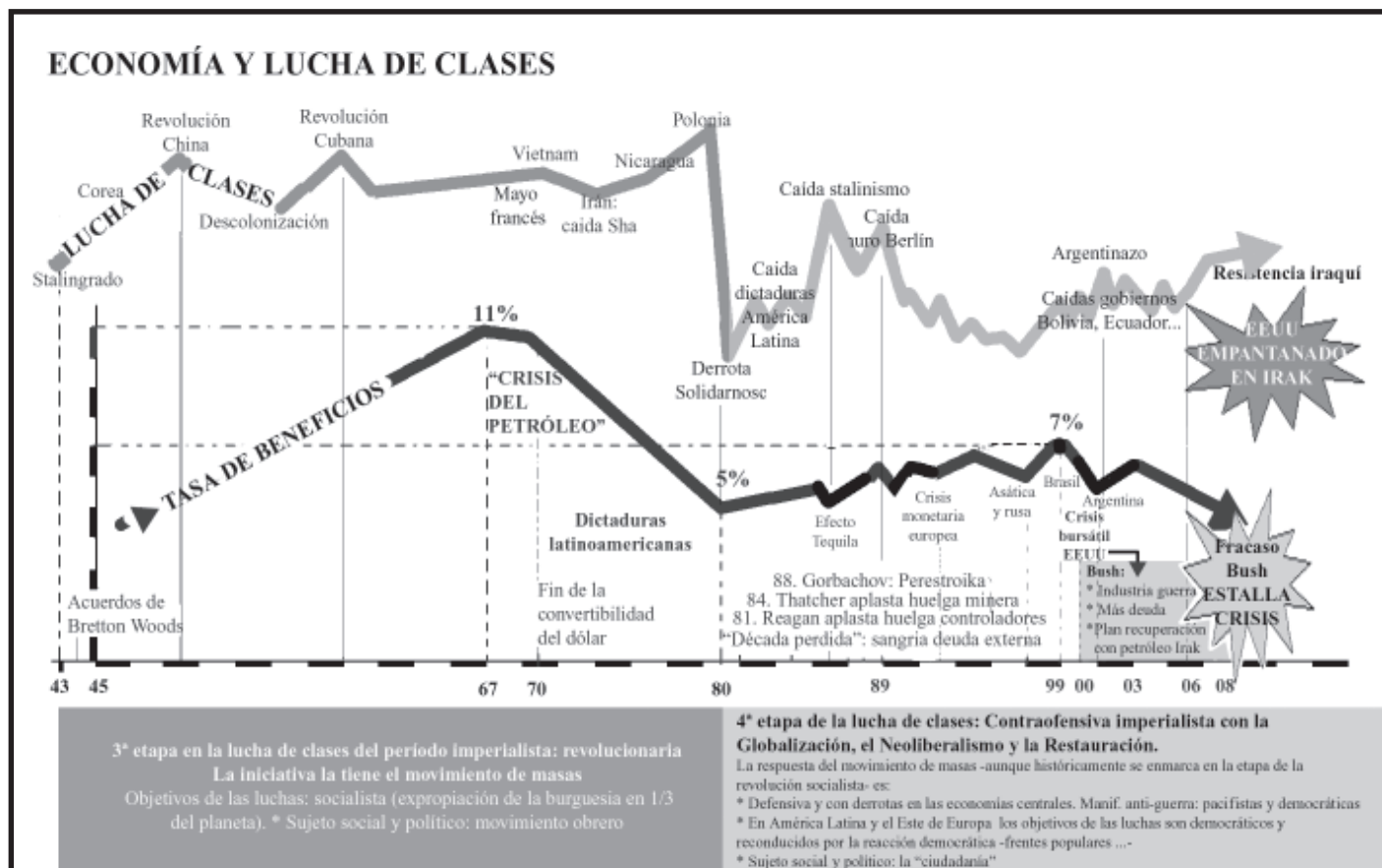
A principios de los 80 R. Reagan de un lado, M. Thatcher del otro, impulsaron una contraofensiva imperialista contra los trabajadores y los pueblos del mundo que consto de: 1) "globalización" con el robo a través de la deuda externa de los recursos de los estados semicoloniales; pero a su vez les impusieron la apertura de sus mercados a las multinacionales, que supuso la ruina para sus economías y una destrucción masiva de fuerzas productivas; y además se les exigió (a través del FMI) la privatización generalizada de recursos públicos. El resultado: una expoliación mayor del país por parte del imperialismo, empobrecimiento brutal, hambre y movimientos migratorios masivos. 2) "neoliberalismo", esto es, un retroceso de las condiciones de vida de la clase obrera en los países imperialistas que habían sido conquistadas en mas de un siglo de lucha obrera (liquidación del "Estado de Bienestar", Reformas Laborales...) con lo que aumenta la extracción neta de plusvalía; unido a una privatización masiva de todo aquello susceptible de ser negocio. 3) "restauración" del capitalismo en

el tercio del planeta en que la burguesía había sido expropiada. Este proceso se hace de acuerdo con la burocracia en el poder en esos países, que se convierten en los instrumentos del imperialismo para proceder a la liquidación de las bases sociales de los estados de la URSS, China, Cuba y el Este europeo. El caso mas conocido es Gorbachov y su *perestroika*. Las consecuencias para los trabajadores son terribles: destrucción física de miles de sus empresas, ruina completa, llega el hambre y el desempleo. La restauración modélica es la China (Gorbachov fracaso en el intento de aplicar esa vía), que permite hoy con la estabilidad del poder del estado y del Partido Comunista Chino imponer un régimen de explotación que no pueden conseguir otras dictaduras.

Sólo bajo este nuevo expolio del planeta y un aumento brutal de la plusvalía obrera, el capitalismo consiguió recuperar por casi veinte años la tasa de beneficio del capital.

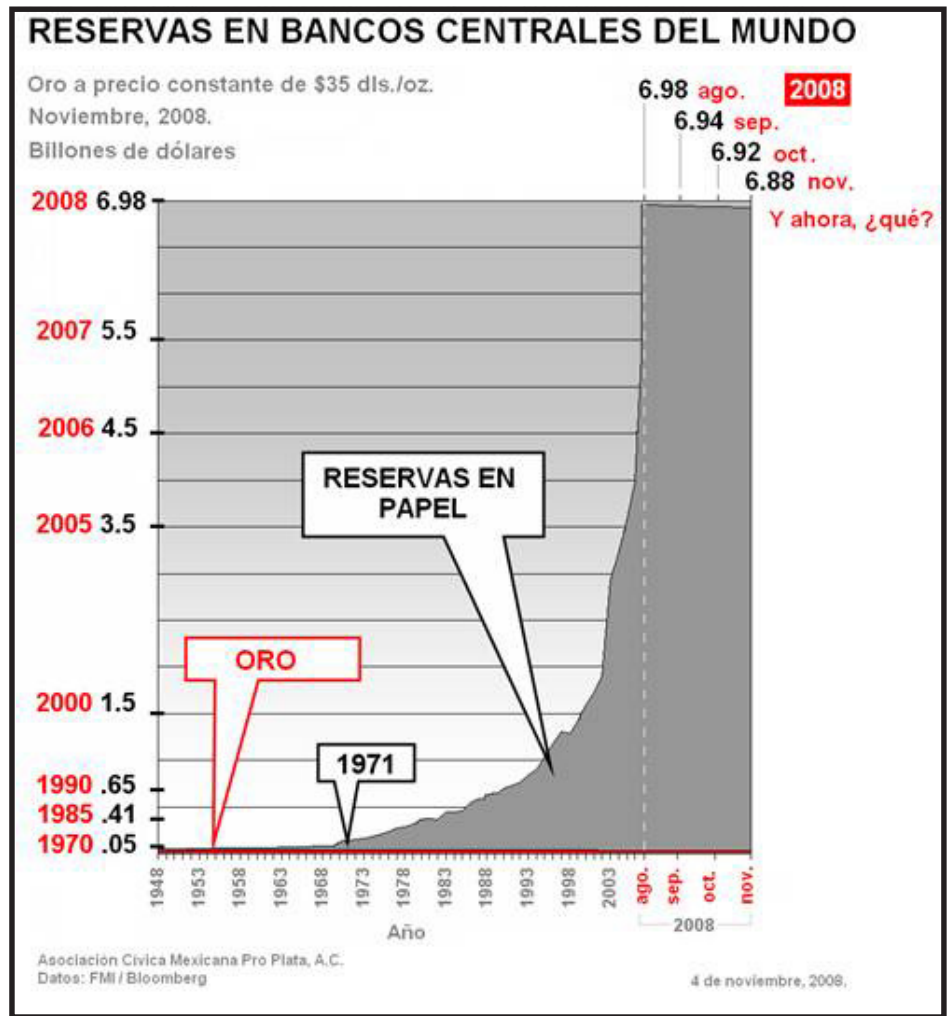
El 2000 se cierra el ciclo de acumulación.

Este ciclo de veinte años (1981-2000) no ha estado exento de crisis de sobreproducción, pero esas



crisis estallaron lejos del centro del imperio: el "Efecto Tequila" golpeó México, Moscú, el Sudeste asiático... En cada caso la solución impuesta por los EE.UU., el FMI y el BM fue aislar la zona "infectada" y proceder a la destrucción masiva de capitales (fábricas, desempleo, devaluación de moneda, caída de la bolsa). Pero en el 2000 la crisis llegó al corazón del imperio, con la llamada "crisis de las punto com". Se desplomaron las acciones de las empresas relacionadas con sectores "punta", los que debían garantizar un crecimiento ilimitado.

La burguesía norteamericana buscó con urgencia una salida. A las elecciones de noviembre del 2000 se presentaron dos proyectos políticos y se hizo visible el duro enfrentamiento entre sectores burgueses: Bush y Al Gore llevan hasta el final la división que se traslada a las instituciones que deben decidir quién ha ganado las elecciones, que también se parten al 50%. Al final dan la victoria a Bush que sale de las elecciones como uno de los presidentes más débiles y cuestionados de la historia norteamericana. Solo un hecho de las características del 11 de septiembre podía permitir que toda la burguesía cerrara filas tras el plan Bush y éste pudiera impulsarlo: la reactivación económica de la industria con grandes gastos en industria de guerra (que es 100% made in USA), política militar (Afganistán, Irak...) para tomar directamente recursos energéticos y con ellos refinar las inversiones multimillonarias. Entre tanto, se empuja a las familias y empresas a endeudarse para mantener la actividad económica, en particular en los dos sectores con mayor impacto en la economía interna: construcción y automóvil. Ciertamente, a fines del 2002 la economía empieza a recuperarse según el plan previsto. Pero el plan embarranca en Irak y más tarde en Afganistán. En lugar de convertirse en un flujo ilimitado de petrodólares hacia las arcas norteamericanas, la resistencia



y el sabotaje de los oleoductos, hacen la que la guerra tenga un coste creciente que no se compensa por la venta de crudo. Así se va escurriendo la soga en el cuello de la economía norteamericana.

La falta de perspectiva a la guerra acelera de nuevo el proceso de crisis y genera una ola de desconfianza: Bush vuelve a caer en lo más bajo de popularidad, es decir, el ciclo se cierra y Bush se marcha como llegó. Sólo hace falta una señal para que nadie quiera quedarse el último con montones de papel financiero sin valor alguno. El dinero, buscando agotar las posibilidades de conseguir rentabilidad, abandona sus posiciones en el mercado hipotecario en el que se han conseguido inmensos beneficios y lanza un ataque especulativo sobre el petróleo y los alimentos: acumula y fuerza al alza los precios, provocando sin ningún rubor el hambre de millones y los levantamientos en más de veinte países. Los economistas burgueses vuelven a hablar de la crisis, de una nueva crisis energética por el alza del precio del petróleo por encima de los 100 dólares/

barril, pero no estamos ante el debate sobre el cenit del petróleo, sino sobre las operaciones financieras para obtener beneficios rápidos.

La situación se vuelve insostenible y ante las primeras dificultades de cobro de activos hipotecarios aparece la desbandada general de los "inversores". Se produce el crack. Muy similar al del 29, pero de dimensiones mayores. El responsable de la crisis no es el petróleo, ni las hipotecas, sino la explosión de una crisis de sobreproducción que se ha ido aplazando al menos desde el 2000. Hay sobreproducción de todo, incluidos los activos financieros y el papel moneda, papeles que en realidad no tienen nada detrás. La secuencia reproduce la del 29: todo parecía tranquilo poco antes del crack y se hacían enormes negocios, el presidente Coolidge, en diciembre del 28, afirmaba ante el Congreso: "Ninguno de los Congresos de los Estados Unidos hasta ahora reunidos para examinar el estado de la Unión tuvo ante sí una perspectiva tan favorable como la que se nos ofrece en los actuales momentos. Por lo que respecta a

los asuntos internos hay tranquilidad y satisfacción... y el más largo periodo de prosperidad. En el exterior hay paz..." (Citado por J. K. Galbraith en "El Crack del 29"). Pero la crisis se estaba gestando como crisis de sobreproducción y estalló pocos meses después con el desplome de la bolsa. Más tarde, la crisis que hundió la bolsa se trasladó a la banca y de ella a las empresas, con lo que afectó de lleno la producción real. El paro y la miseria se extendieron en los años 30 sobre la clase obrera en lo que se conoce como la Gran Depresión. Entonces la crisis no se "resolvió" hasta la destrucción masiva que significó la II Guerra Mundial.

Hoy todos los gobiernos capitalistas han procedido a la entrega de sumas astronómicas para convencer a los bancos de que sigan dando crédito a familias y empresas, pero el objetivo de los bancos no es salvar la economía sino seguir haciendo negocio y gran parte de ese dinero público ha ido a la especulación aprovechando las gangas que la crisis ofrece. Esta acusación está

recogida en uno de los informes de los congresistas norteamericanos que participan de la comisión de seguimiento. Nunca se hicieron intervenciones tan masivas como la actual, primero en la bolsa y ahora en los bancos, pero no por ello se ha frenado la huida de los capitales hacia refugios más seguros. Por ejemplo George Soros, uno de los financieros/especuladores más expertos, se ha convertido ya en el mayor terrateniente de Argentina y acaba de comprar el 25% de Petrobrás.

El capitalismo se prepara para el choque.

Como en los años treinta, el capitalismo tiene dos recursos políticos para enfrentar la crisis en los países imperialistas: el primero el de "socializar" la miseria, el de convencer al pueblo de que nos conviene a todos apretarnos el cinturón, de que nos conviene a todos entregar miles de millones a la banca y a las grandes empresas. Obama es el

Franklin D. Roosevelt de los años 30. Populismo, demagogia al servicio de que la crisis la paguen los trabajadores/as. Pero –también como en los 30- la burguesía sabe que no puede bastar el "convencimiento" para con la clase obrera: la lucha de clases se tensa en estas situaciones al extremo y precaverse es necesario: veremos una reorganización del fascismo, pero como antesala tenemos los Gobiernos de Sarkozy o Berlusconi que exacerbaban el bonapartismo al punto que entran en contradicción con las propias instituciones de la democracia burguesa.

La salida a la crisis o va a representar un nuevo retroceso de las condiciones de vida de los trabajadores/as y los pueblos como ya lo significó la salida de la crisis de los 70 o abrirá un nuevo periodo revolucionario. El duro choque entre las clases es inevitable. **De nuevo la disyuntiva de Marx está a la orden del día: Socialismo o barbarie.**

2. Construyendo una respuesta

Ante la crisis provocada por el capitalismo no hay más que dos lógicas posibles: la de quienes buscan poner delante salvar el sistema, sin importar el coste social que esa operación tenga; y la de quienes ponemos por delante salvar a los y las trabajadoras aunque para ello haya que acabar con el capitalismo. A algún lector/a le sonará a repetido, y tiene razón: lo venimos repitiendo desde el 2001, cuando ya se habían reunido las condiciones para el estallido de la crisis y hubiera sido importantísimo prepararse para él. Sin embargo hoy es imprescindible retomar ese hilo para construir la lucha necesaria –que sólo lograremos con argumentos convincentes- frente a este "efecto Iguazú" que, como una cascada, ya nos arrastra al abismo.

La lógica del capital

Es la que encontramos en los discursos de la patronal y los gobiernos (sean de derecha pura como Bush, o socialdemócratas como el de Zapatero), del FMI y demás instituciones financieras capitalistas: exigen más flexibilidad, y, en concreto, un abaratamiento mayor de los despidos que justifican "para poder contratar más"; un recorte de plantillas para ajustar la producción a las posibilidades de venta defendiendo la tasa de beneficio; una congelación o reducción de salarios, que conjuntamente con aumentos de productividad dicen que son para reducir costes; ayudas del sector público sea en forma de dinero directo (como en la banca) o en forma de reducción de impuestos, es decir, haciendo recaer más en los trabajadores el peso del erario público. **En definitiva todas esas medidas son las que hacen recaer el peso de la crisis y la recuperación de la tasa de beneficio**

empresarial en las espaldas de los trabajadores/as. Sin embargo el común denominador de to-





das ellas es que reducen el poder de compra de la mayoría, es decir, todas ellas son objetivamente un factor de agravamiento de la crisis de sobreproducción. Esas medidas no pretenden superar la crisis sino hacer pagar al trabajador un aumento de la competencia entre empresas para determinar con qué parte del mercado se queda cada una de ellas, del mercado que entre todas reducen aun más. Las diferencias entre los discursos entre republicanos y demócratas en los EE.UU. o entre la derecha clásica y la socialdemocracia son tan solo el grado de control que el estado debe imponer a la banca y grandes empresas para que no vuelvan a producirse nuevos cracks.

A esa misma lógica se suman las direcciones sindicales de CCOO y UGT. Están dispuestos a firmar reducciones de plantillas y ERE's con congelación salarial o aumentos de jornada, siempre que –nos dicen la patronal asegure un plan de futuro de la empresa. En ese camino de “compromiso para asegurar el futuro” son los primeros en reclamar al estado más dinero público para entregar a las grandes empresas. Pero ese discurso nos lo hemos oído muchas veces en el pasado. La patronal de SEAT, por ejemplo, ha asegurado cada vez que el ERE era una condición indispensable para asegurar el futuro de la empresa. Y eso no ha sido ningún obstáculo para volver a presentar otro con el mismo argumento, no sin haber pasado por la caja de Generalitat o Gobierno central para recoger alguna que otra ayuda pública para mejorar sus cuentas. Con ese criterio estamos perdidos. Si damos por buena el discurso del ajuste de producción a la demanda y la mejora de la rentabilidad empresarial para poder competir mejor nos estamos metiendo nosotros

mismos en el hoyo.

Lamentablemente en esta lógica se cae también desde la izquierda sindical cuando con posiciones de responsabilidad (como son comités de empresa) se respira cuando se reconvierte un ERE con despidos en un ERE temporal. Ciertamente no es lo mismo, pero esta claro que el temporal no hace sino ablandar el camino para otro posterior con despidos y para que después la propia empresa argumente que las dificultades ya fueron reconocidas por el comité de empresa en el ERE temporal y que estas no han mejorado, por lo que, agotadas todas las posibilidades “no traumáticas” se ve en la obligación de despedir. Y en esas condiciones difícilmente se puede recomponer una batalla sindical que aunque diga “ningún despido” en realidad este esperando sólo poder sacar los 45 días.

Pero hay otra logica

Nosotros no diremos que desde una posición de dirección no hay que firmar nunca un ERE. Puede ser tan grave como no firmar pero contando que ya lo firman otros porque no tenemos alternativa más allá del No. La cuestión es si rechazamos la lógica capitalista y así se lo explicamos a los trabajadores, si tratamos de ofrecer otra alternativa y construirla o nos justificamos entrando en la vía de las “salidas no traumáticas” o “del mal menor” sin dejar claro que son la antesala de las “traumáticas”.

Nuestra lógica sólo puede partir de la realidad y ésta es que la crisis se produce porque no hay suficiente poder adquisitivo para comprar lo producido, y eso es: porque han aumentado los parados, porque ha crecido el empleo basura y porque los salarios no han crecido al ritmo del incremento de productividad. La defensa de los puestos de trabajo, imprescindible para impedir un em-

pobrecimiento de los trabajadores/as –que son la base de las fuerzas productivas–, son además la mejor medida anticrisis.

Pero aún y no yendo tan lejos, cada paso que impide la destrucción de fuerzas productivas, cada paso que defiende los salarios o que impide nuevos parados es una posibilidad de mantener la capacidad de compra y aliviar la crisis. Esta debe ser la lógica de los trabajadores: la que combate **su** crisis convencidos de que las medidas de capitalistas y gobiernos, **sus** “medidas”, aún la agravan más. Hay dinero, hay producción y hay necesidades, hay que romper el cuello de botella que imponen los empresarios: hay que defender la producción y las fabricas, hay que defender las condiciones de sueldo y trabajo, hay que intervenir sobre los precios, hay que intervenir sobre el carácter privado de la propiedad. Sólo la lucha de clases impondrá una lógica sobre la otra.

Distintas fases de la misma lucha: HG, ocupaciones y producción

Es por esa posición en la producción que la clase obrera es la clase social que puede asegurar un futuro, porque siendo los más interesados en no permitir que se destruyan fuerzas productivas –es su propia supervivencia–, pueden hacerlas funcionar para generar riqueza si toman en sus manos la propiedad de los medios de producción y los ponen al servicio de la satisfacción de las necesidades sociales, es decir, avanzan hacia el socialismo. Esta es nuestra posición, y sabemos que hoy suena lejano o imposible para la mayoría. Pero tampoco se veía “cercano o posible” nuestro análisis de la crisis hace apenas unos meses, y hoy se torna más comprensible y necesario para organizar la respuesta.

Eso tiene que ver con la conciencia que en cada momento tiene la clase obrera o sectores de su vanguardia. Nosotros utilizamos el concepto conciencia como lo hace el marxismo, sin nada que ver con ideas morales, sino bien material: como el resultado de cómo interpretamos colectivamente la realidad que nos golpea y el resultado de las luchas que vivimos, o sea, de la experiencia.

También en el proceso de la crisis, ésta conciencia cambiará, y si los sectores de la vanguardia revolucionaria hacen las propuestas adecuadas, éstas pueden cuajar y convertirse en alternativas, en la respuesta que los trabajadores/as sienten como necesaria y posible.

Hoy lo que se vive es la urgencia de una respuesta colectiva –que hasta ahora se ha expresado deformadamente con las convocatorias de movilizaciones unitarias de CCOO y UGT-, y por eso creemos que es posible y necesario impulsar la huelga general, tal como desarrollamos más abajo.

Sin embargo, a la luz de la experiencia del movimiento obrero, tanto tras la crisis del 29 como ante otras menores como la Argentina del 2001, ésta ocupa sólo una primera fase, muy importante pero que no tiene porqué ser la única, sobre todo si la burguesía sigue aplicando sus planes o aquella no se concreta. Es cuando los trabajadores/as empiezan a comprobar que con la indemnización –en el mejor de los casos- no resuelven nada pues no hay otro lugar adonde ir a trabajar, y aparece una alternativa que les hace ir más allá pues pone sobre el tapete la propiedad de la empresa. Son las ocupaciones de fábrica que habitualmente se inician en forma defensiva como el caso de Chicago –ver artículo en esta revista- pero que si se prolongan en el tiempo plantean el tema de la producción. Fue el caso de Argentina con el movimiento que se popularizó como de “subir las persianas”: empezaban con una ocupación o para evitar el desmantelamiento o para cobrarse sueldos atrasados o indemnizaciones a partir de la venta de los stocks existentes, y terminaban planteándose la producción fuera en forma de cooperativa o en forma de exigencia de nacionalización bajo control obrero –como el caso de Zanón.

Aquí aún no estamos en esa si-

tuación –al menos en forma generalizada-, pero hay que preverla preparando alternativas empresa a empresa que puedan responder a planes de futuro, pues como la fase actual, cuando llegue debería estar preparada.

Luchar por organizar la huelga general

Pero aunque convengamos en no retroceder en la defensa salarios y puestos de trabajo, incluso como una medida anti-crisis, lo cierto es que difícilmente lo haremos aisladamente. Esa convicción debe ser mayoritaria para que se imponga. La defensa de nuestra óptica contra sus planes debe acompañarse de entender que el capitalista sólo retrocede si teme perder mucho más, es decir, la lucha debe traspasar el terreno de una lucha de intereses económicos para convertirse en un pulso político, que imponga medidas generales que al capitalista le hagan temer por sus empresas. En ese sentido la unidad de las luchas es esencial para converger en una huelga general.

Actualmente solo CCOO y UGT podrían convocar una huelga general, pero las direcciones sindicales de esos dos sindicatos están entregadas de cuerpo y alma a la lógica capitalista. Internamente en ninguno de los dos sindicatos hay corrientes de izquierda que puedan imponer a las direcciones la convocatoria de la huelga general contra la voluntad de esas direcciones. Se podría hacer una campaña por la huelga general, que para que fuera creíble debería dirigirse prioritariamente hacia esos dos sindicatos. Pero eso sería sólo hacer propaganda de lo que se debería hacer y no se hace. Hay que ir más lejos: hay que generar un movimiento por la huelga general.

Empecemos por razonar porqué una huelga, pues hay compañeros/as que no la ven en este período de crisis. El criterio para una huelga no es simplemente la

contabilidad empresarial entre lo que deja de pagar el empresario menos lo que pierde en producción. Máxime cuando está recortando producción, esto no tendría sentido. Sin embargo, lo importante de la huelga es la medida de fuerza, desplazar la actividad a la calle, porque permite la movilización de toda la plantilla, porque permite poner sobre el terreno la unidad con otras luchas, la vía de la huelga general. Porque para llegar a ella, el primer objetivo es unificar las luchas: con coordinaciones de empresas en crisis o posiblemente afectadas, convocando manifestaciones conjuntas, convirtiendo el problema de cada una de ellas en un problema de toda la localidad o de toda la comarca. Llamando al resto de sectores a secundar la lucha, exigiendo de todas las instituciones (Ayuntamientos, Gobiernos autonómicos y centrales, parlamentos) que se posicionen contra los despidos y ERE's, que pongan medios para amplificar la lucha obrera.

La clave de nuestra fuerza es en primer lugar la capacidad para unificar a la clase obrera: entre fijos y precarios, entre parados y activos, entre inmigrantes y autóctonos y una vez unificada la clase obrera



ser capaz de arrastrar en la acción al conjunto de trabajadores y pequeña burguesía –incluyendo a los autónomos, falsos o no.

La fuerza de los parados es indispensable. En la crisis de los años 70 tomaron cuerpo las asambleas de parados en numerosas localidades. Su objetivo era exigir trabajo a los ayuntamientos y en muchos municipios fueron el motor principal de la organización obrera. Hoy hay un sector que ha caído en picado: la construcción. En un porcentaje muy importante estaba formado por sectores de inmigrantes: junto a ellos hay que poner a viejos activistas autóctonos que vivieron el proceso de los 70, poner a su disposición los sindicatos, etc... Es una oportunidad de oro para esa unidad en la lucha de la que hablamos.

La cuestión de la huelga general

Tradicionalmente se enfrentaron visiones distintas sobre la huelga general. La concepción idealista de la huelga general: un día fijado, el movimiento lo justificaba todo. El movimiento no lo es todo. La huelga general debe ser para conseguir algo. Ni más ni menos que para hacer efectiva esa idea de que la crisis la paguen ellos que la han creado. Entonces la cuestión sería ¿Que medidas se deberían tomar para que la crisis la paguen ellos? Ese debe ser el contenido, el programa de la huelga general. Queremos la huelga general como expresión de fuerza de la clase obrera para imponer una serie de medidas imprescindibles.

Una Huelga General por:

* **La escala móvil de horas de trabajo. Repartir el trabajo entre las manos disponibles manteniendo el salario íntegro. Una ley que reduzca a 35 horas la jornada laboral.**

* **Prohibición de despidos. Rechazo de los ERE's. Derogación de la Ley Concursal.**

* **Ley contra los desahucios.**

* **Nacionalización de las empresas bajo control obrero.**

* **Expropiación de la banca bajo control de los trabajadores.**

EEUU. Chicago

Fábrica ocupada en el corazón del imperio

El 5 de diciembre, 250 trabajadores de Republic Windows & Doors de Chicago ocuparon la fábrica ante el anuncio de la empresa de que cerraba por falta de crédito. La patronal aseguró que no podía pagar los salarios atrasados ni las indemnizaciones por despido porque el Bank of America, principal acreedor, no le autorizaba el pago. Pese a los límites del movimiento (que luchaba para recibir las indemnizaciones debidas, no para mantener los puestos de trabajo) la experiencia ha sido importante, tanto por el método como por el hecho de que se ubicase en el corazón del imperio. Durante unos días se convirtieron en el principal centro de interés político y mediático, porque con su acción recuperaban un método de lucha que no se había visto en EE.UU. desde los años '30.

La ocupación comenzó unas horas después de que el Departamento de Trabajo norteamericano anunciase que sólo el mes de noviembre se habían perdido 533.000 puestos de trabajo en el país, que ha llegado a la tasa de paro más alta de los últimos 15 años. Las nefastas perspectivas de encontrar otro trabajo estaban en la cabeza de los 300 trabajadores cuando acordaron la ocupación en asamblea. Se organizaron en turnos de 8 horas para garantizar la seguridad y la limpieza de las instalaciones.

“Es totalmente vergonzoso que las instituciones financieras se benefi-

cien de un plan de rescate del Gobierno y que el Bank of America no autorice el pago de nuestras indemnizaciones y salarios”, declaraba en la prensa Leah Fried, representante en la fábrica del sindicato United Electrical, Radio and Machine Workers of America (UE). Este banco había recibido 25.000 millones de dólares del fondo de rescate del Plan Bush y se negaba al pago de los 1.500 millones que se debían al conjunto de la plantilla.

La prensa se hizo rápidamente eco de la movilización y los principales medios del país se desplazaron a la fábrica. Se hizo una mani-



festación ante la sede del banco para exigir el pago de las indemnizaciones. Algunos investigaron a la empresa y sacaron a la luz un plan de deslocalización a la otra planta de la empresa, situada en otra ciudad, donde los trabajadores no estaban sindicalizados. La sección 1110 de la UE había protagonizado en los últimos años, después de vencer en las elecciones sindicales a la burocracia, movilizaciones exigiendo mejoras salariales que concluyeron con triunfo.

De todas partes del país llegaron en la fábrica muestras de solidaridad, que obligaron a personajes como el reverendo Jesse Jackson a apoyar la movilización. Incluso Obama tuvo que salir a decir que las reivindicaciones de los trabajadores eran justas. Aquella pequeña fábrica se convirtió en el símbolo de la crisis y de su impacto sobre la clase obrera. El gobernador de Illinois ordenó que se pararan las transacciones públicas con este banco hasta que se resolviese la situación de los trabajadores.

Finalmente, después de cinco días de ocupación el banco aceptó conceder los créditos y una vez la empresa hubo pagado dos millones de dólares de indemnizaciones, la asamblea de trabajadores votó por unanimidad el fin de la ocupación. Con la decisión de ocupar su fábrica –un método que el movimiento obrero norteamericano no había utilizado desde los años '30- los trabajadores de Republic desencadenaron un movimiento de solidaridad que obligó a uno de los mayores bancos del país en pagar salarios e indemnizaciones aunque no tenía la obligación legal de hacerlo. El siguiente paso: utilizarlo para defender los puestos de trabajo.

Cristina Mas.

Argentina.

Ley de Expropiación de Zanón y presión económica

El pasado 18 de diciembre, el Gobierno provincial de Neuquén puso fecha al debate de la Ley de Expropiación de Zanón. A la semana siguiente entraría en la Legislatura, y en marzo -cuando se reabren las sesiones- se debatirá en la cámara.

Hace 7 años que Zanón fue ocupada y puesta a producir por los trabajadores bajo control obrero. La forma que tuvo durante todos ellos fue la de una cooperativa, Fasinpat, pero su lucha no decayó sino que siguieron exigiendo la nacionalización manteniendo el control.

El mismo día que se hacía pública la noticia, los trabajadores/as de



Fasinpat estaban haciendo piquetes contra el ahogo económico que están sufriendo por parte de los sectores energéticos y patronales que pretenden acabar con el modelo y ejemplo que ofrecen a los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo.

Si bien la expropiación sería un paso adelante en el sentido de su lucha, tanto el hecho de que se dé con indemnización -se habla de 20 millones de pesos como mínimo para acreedores preferentes-, como que pueda no acompañarse de medidas del tipo de los subsidios energéticos que reciben las demás empresas, como los términos del control, mantienen la lucha en vilo, pues el riesgo es tanto el de no poder mantener los puestos de trabajo en este período de crisis, como el de que no estén garantizados los mecanismos del control obrero.

Así pues, la lucha sigue hasta que todos esos elementos formen parte de la Ley de Expropiación.

Frente la política burguesa ante la crisis

3. Es preciso construir el partido revolucionario obrero

La burguesía prepara las dos cartas de los años 30: New Deal/Obama o el fascismo; dos variantes de la respuesta burguesa.

La burguesía sabe que las actuales medidas anticrisis no van a sacar al capitalismo del atolladero en el que nos ha metido. Sabe que en estas crisis de profundidad debe emplearse a fondo y que no hay ninguna posible salida que no pase por: 1) una destrucción masiva de fuerzas productivas y 2) un aumento neto de la tasa de plusvalía. Y eso necesariamente pasa por: 1) cierres de empresas, despidos masivos, destrucción de activos financieros, empezando por papel moneda; 2) un retroceso brutal de las condiciones de vida y trabajo de trabajadores y pueblos, una mayor expropiación de los países semicoloniales, incluidas guerras para obtener un control mas directo de la riqueza, eliminando a sectores burgueses que se quedaban con una parte de la renta (como en Irak por el petróleo).

Como decíamos en otros artículos, la solución no es pues económica, sino que se instala en una exacerbación de la lucha entre las clases y entre el imperialismo y el resto de estados semicoloniales. Para ello la burguesía se arma – como hiciera en los años treinta con los discursos de crisis: el “socialdemócrata” y el del fascismo. El primero tiene su expresión mayor en Europa, son los que quisieran ‘refundar’ el capitalismo sin los excesos vividos y con mayor control del estado. El capitán que todos esperaban para liderar esta cruzada ya llevo a la Casa Blanca: Obama. Va a reproducir las mismas formas populistas de Roosevelt durante la Gran Depresión con el New Deal, es decir, explica que los trabajadores deben aceptar, “por el bien de todos”, socializar la miseria y favorecer las empresas. Ya ha dado los primeros pasos en ese sentido avalando las ayudas a las au-

tomotrices desde el dinero público y prometiendo grandes planes de obras públicas que también pondrá en manos de las grandes empresas.

Pero el capitalismo se defiende por las buenas o por las malas y está sobre la mesa la recomposición del fascismo. De momento en Europa hemos asistido a un reforzamiento del bonapartismo, desplazando –aunque aún no sustituyendo– a las formas democrático-burguesas mas clásicas. Dos expresiones de ese bonapartismo son Berlusconi o Sarkozy, aunque también la socialdemocracia puede evolucionar a formas más bonapartistas como vimos en el caso de Blair. En Rusia, la versión Putin. Son regímenes que aunque se sostienen con los métodos tradicionales de la democracia burguesa y sus instituciones a menudo van mas allá, en dirección al bonapartismo.

Hay que construir el partido

Ellos se preparan para enfrentamientos decisivos y no es suficiente la lucha defensiva y sindical, porque su carácter va más allá, al terreno de la alternativa política.

Para esos choques, ellos han preparado sus grandes partidos e instituciones estatales y, de la misma manera, es preciso que la clase obrera tenga una expresión política que le permita llegar a ser la alternativa de toda la sociedad. Se trata de construir un partido revolucionario, ni mesiánico –sea a lo guerrillero, o sea en la versión actual de

los “alternativos” que pretenden despertar a la clase obrera con acciones “ejemplares”- ni que trate de sustituir a la clase por sus ideas como en un tiempo lo hizo el estalinismo. Un partido que proponga y convenza, que transmita las experiencias nacionales e internacionales de los trabajadores y trabajadoras a lo largo de la historia y construya su programa junto a la clase obrera ante los nuevos retos. Un partido que realmente crea que es la clase obrera la clave del futuro – por las razones objetivas que señalamos en este artículo- y que esté dispuesto a proponer iniciativas que vayan en ese sentido y que de tomarse, acompañará hasta sus últimas consecuencias, sin etapas ni maniobras, que se llaman ‘políticas’ para esconder que se hacen a espaldas de los y las trabajadoras. Un partido revolucionario, democrático y de combate, convencido de que la salida sólo puede ser el socialismo. Queremos formar parte de ese proceso, es imprescindible que exista. Para ello aún falta camino, pero ya hoy ven a caminarlo con nosotros.

